

manchas ambulantes, para sacar algunas monedas á los viajeros.

Hallándome dispuesto á visitar las curiosidades de Aix, tomé la direccion de la cascada de Gresy, situada á los tres cuartos de legua, poco mas ó menos, de la ciudad. Un incidente ocurrido en 1813 á la baronesa de Broc, una de las damas de honor de la reina Hortensia, ha hecho á esta cascada tristemente célebre. Esta cascada, por lo demás, nada ofrece de particular sino los embudos que ha horadado en la roca, y en uno de los cuales pereció aquella hermosa jóven. En el momento en que yo fui, el agua estaba baja y dejaba en seco la boca de tres embudos que tienen de quince á diez y ocho piés de profundidad, y en cuyas paredes interiores ha abierto el agua una comunicacion desgantando la roca. De esta manera baja hasta el lecho de un arroyo que huye á treinta piés de profundidad casi, entre dos orillas, tan próximas, que fácilmente se puede saltar de un brinco. Visitaba la reina Hortensia esta cascada acompañada de Mad. Paraquin y de Mad. Broc, cuando esta última, atravesando sobre una tabla el mas grande de estos embudos, creyó apoyar su sombrilla sobre la tabla, y la puso á un lado; la falta de un punto de apoyo la hizo doblar el cuerpo á un lado, se volvió la tabla; Mad. Broc dió un grito y desapareció en el abismo: tenia veinte y cinco años.

La reina la ha hecho levantar un sepulcro en el mismo sitio en que sucedió esta desgracia. En él se lee esta inscripcion:

AQUI

MAD. LA BARONESA DE PROC,

A LOS 25 AÑOS DE EDAD, PERECIÓ
EN PRESENCIA DE SU AMIGA
EL 10 DE JUNIO DE 1815.

VOSOTROS
QUE VISITAIS ESTOS LUGARES,
NO OS ADELANTEIS SINO
CON PRECAUCION SOBRE ESTOS
ABISMOS.
PENSAD EN LOS
QUE OS
AMAN.

Hállase al volver, sobre uno de los lados del camino, en la orilla del torrente, el manantial ferruginoso de *San Simon* descubierto por M. Despine, hijo, uno de los médicos de Aix. Ha hecho construir encima una fuentecita clásica en la cual ha hecho grabar el nombre mas clásico aun de la diosa HIE, y debajo de esta palabra estas otras: FUENTE DE SAN SIMON. Ignoro si la etimología de este nombre tiene alguna relacion con el profeta de nuestros dias.

Se aplican las aguas de esta fuente á la curacion de afecciones del estómago y de enfermedades linfáticas. Yo la probé al pasar, y me pareció de muy agradable sabor.

Volví á la hora critica de comer. Cuando hubimos concluido, cada cual se separó, y noté que nadie se quejó del mas pequeño dolor de cólico, y en cuanto á mí, estaba cansado de mis correrías de todo el dia, y me acosté.

Despertáronme á media noche con un gran ruido

y un gran resplandor. Mi cuarto se llenó de bañistas. Cuatro llevaban hachones encendidos, venían á buscarme para subir al Diente del Gato.

Hay chanzas que no hacen gracia á los que son objeto de ellas, sino cuando los mismos se hallan en cierto grado de humor y de broma. Sin duda los que despues de una cena animada por la charlatanería y el vino y con los espíritus bien calientes por ambos, temian que el sueño no concluyese con la orgía, propusieron pasar juntos lo que quedaba de noche y emplearlo en hacer una ascension para ver salir la aurora desde la cima del Diente del Gato, debieron ser muy apoyados por los demás; pero yo que me habia metido en la cama muy tranquilo y cansado, con la esperanza de una noche muy pacífica y me habia despertado sobresaltado por una invitacion tan incongruente, no recibí, como es fácil de concebir, con mucho entusiasmo la proposicion. Pareció esto muy extraordinario á mis trepadores que calcularon no estaba bien despierto, y para hacerme volver en mí enteramente, me agarraron entre cuatro y me pusieron en medio del cuarto. Entretanto otro, mas previsor aun, vertia en mi cama toda el agua que yo habia tenido la imprudencia de dejar en mi jofaina. Si este medio no hacia mas divertido el paseo propuesto, le hacia al menos casi indispensable. Tomé, pues, mi partido, como si la cosa me gustase mucho, y cinco minutos despues estuve listo para ponerme en camino. Eramos doce ó catorce entre todos, contando con dos guías.

Al pasar por la plaza vimos á Jacotot que cerraba su café, y al aleman que fumaba su último cigarro y vaciaba su última botella. Deseónos Jacotot que

nos divirtiéramos mucho, y el aleman nos gritó: Bon viaje... — ¡Gracias!...

Atravesamos el pequeño lago de Bourget para llegar al pié de la montaña que íbamos á escalar: estaba azul, trasparente y tranquilo como siempre, y parecia tener en su fondo tantas estrellas como se contaban en el cielo. A su extremo occidental se divisaba la torre de Hautecombe, derecha como una fantasma blanca, mientras que entre ella y nosotros se deslizaban en silencio barquillas de pescadores, llevando un hachon encendido en la popa, cuyo resplandor se reflejaba en el agua.

Si yo me hubiese podido quedar allí solo por horas enteras meditando en una barca abandonada, seguramente no hubiera echado de menos ni el sueño ni la cama. Pero yo no habia salido de casa para eso; habia salido para *divertirme*. Así *me divertí*!... ¡Qué cosa tan singular es este mundo, en donde se pasa siempre al lado de una incomodidad cuando se busca un placer!...

A las doce y media empezamos á subir; era cosa bastante curiosa ver aquella marcha con hachones. A las dos ya estábamos á las tres cuartas partes del camino, pero lo que nos quedaba era tan difícil y tan peligroso que nuestros guías nos hicieron hacer un alto para esperar los primeros rayos del dia.

Así que aparecieron volvimos á continuar nuestro camino, que se hizo á poco tan escabroso, que nuestro pecho tocaba casi en el suelo, sobre el que marchábamos en fila uno tras de otro.

Cada uno desplegó entonces su fuerza y destreza agarrándose con las manos á los matorrales y arbustos, y apoyándose con los piés en las quiebras de la roca y desigualdades del terreno. Oíamos

como rodaban por la pendiente de la montaña escarpada como un tejado, las piedras que nosotros desprendíamos, y cuando las seguíamos con la vista, las veíamos bajar hasta el lago, cuya sábana azul se extendía á un cuarto de legua debajo de nosotros. Nuestros mismos guías no podían prestarnos socorro alguno, ocupados exclusivamente en descubrirnos el camino mejor; solamente de tiempo en tiempo nos recomendaban no mirásemos atrás por miedo de los desvanecimientos y los vértigos: estas recomendaciones hechas con una voz breve y certera nos probaban que el peligro era muy real.

De repente uno de nuestros camaradas, el que iba inmediato á ellos, lanzó un grito que nos hizo estremecer á todos las carnes. Había querido poner el pié en una piedra arrancada ya por el peso de los que le precedían y que se habían servido de ella como de punto de apoyo; la piedra se había desprendido; al propio tiempo las ramas á que se agarraba, no siendo bastante fuertes para sostener solas el peso de su cuerpo, se le habían desgajado entre sus manos.

— ¡Detenedle! ¡detenedle! gritaron los guías; pero era mas fácil decirlo que hacerlo. Cada cual tenía ya gran trabajo en sostenerse á sí mismo. Así es que pasó rodando cerca de nosotros sin que ni uno solo le pudiese detener. Ya le creíamos perdido, y seguíamosle con la vista, sin aliento y con el sudor del terror en la frente, cuando se encontró tan cerca de Montaigu, que iba el último de todos, que este pudo, alargando la mano, cogerle por los cabellos. Hubo un momento en que dudamos si los dos iban á caer juntos. Este momento fué corto, pero fué terrible; y yo respondo de que ninguno de

os que allí se hallaron olvidará en mucho tiempo el instante en que vió aquellos dos hombres oscilando sobre un precipicio de dos mil piés de profundidad, no sabiendo si iban á precipitarse, ó si llegarían á afianzarse en la tierra.

Por fin, llegamos á un bosquecillo de pinos que sin hacer menos rápido el camino, lo hizo mas cómodo por la facilidad que estos árboles nos ofrecían de agarrarnos en sus ramas, ó apoyarnos en sus troncos. La ladera opuesta de este bosquecillo tocaba casi en la peña viva cuya forma ha hecho dar á la montaña el singular nombre que lleva; una especie de escalera que forman varios agujeros irregulares hechos en la piedra, conduce á la cima.

Solamente dos intentaron este último escalamiento, no porque fuese mas difícil el paso que todo lo que acabábamos de hacer, sino porque no nos prometía una vista mas extensa; y la que teníamos delante de los ojos estaba muy lejos de indemnizarnos de nuestro cansancio y rozaduras: les dejamos trepar á su campanario y nos sentamos para quitarnos las piedrecillas y sacarnos las espigas. Entretanto llegaron ellos á la cima de la montaña, y como en prueba de tomar posesion, encendieron una hoguera y fumaron sus cigarros.

Al cabo de un cuarto de hora bajaron, guardándose bien de apagar el fuego que habían encendido por las ganas que tenían de ver si desde abajo se descubría el humo.

Después de tomar un bocado nos preguntaron los guías si queríamos volver por el mismo camino, ó bien tomar otro mucho mas largo, pero mas fácil, y elegimos unánimemente este último. A las tres ya estábamos de vuelta en Aix, y puestos en medio de

la plaza tuvieron aquellos señores el orgulloso placer de divisar aun el humo de su fanal. Preguntéles si me era permitido, ahora que ya me habia *divertido* bien, el irme á la cama. Como casi todos tenian probablemente necesidad de hacer otro tanto, respondiódome que no habia dificultad alguna.

Yo creo que hubiera dormido treinta y seis horas seguidas como Balmat, si no me hubiese despertado un gran rumor. Abrí los ojos, aun era de noche; asoméme á la ventana y ví á toda la gente de la ciudad en la plaza. Todo el mundo hablaba á un tiempo, quitábanse unos á otros los antejos, y todos miraban hácia arriba á pique de torcerse la columna vertebral; creí que habia eclipse de luna.

Volvíme á vestir apresuradamente para tener también mi parte en el fenómeno, y bajé á la plaza armado de un antejo de larga vista. Toda la atmósfera estaba colorada por un resfleo rojizo, el cielo parecia inflamado, ardía el Diente del Gato.

Al mismo tiempo sentí que me apretaban la mano, volvíme y ví á nuestros dos camaradas, los del fanal: me hicieron con la cabeza una seña y se alejaron. Preguntéles á dónde iban, y el uno acercó sus manos á la boca á manera de bocina y me gritó: — A Ginebra. Comprendí el negocio, eran mis perillanes que habian pegado fuego al Diente del Gato, y Jacotot les habia secretamente avisado que el rey de Cerdeña apreciaba mucho sus bosques. Eché una mirada sobre la hermana menor del Vesubio: era un bonito volcan de segundo orden.

Un incendio nocturno en las montañas, es una de las cosas mas magnificas que pueden verse. El fuego suelto libremente en un bosque, extendiéndose por

todos lados como una serpiente enroscada en el tronco de un árbol que encuentra en su camino, enderezándose contra él, vibrando sus lenguas como para lamer las hojas, lanzándose por cima de su copa como un plumero, volviendo á bajar á lo largo de sus ramas y acabando por encenderlas todas como las de un árbol de pólvora preparado para algun público festejo; hé aquí lo que nuestros reyes no pueden hacer en sus funciones. *¡Hé aquí lo que es hermoso!* Despues este árbol quemado sacude ardiendes sus hojas; cuando pasa sobre él un golpe de viento se las arrebatá cual una lluvia de fuego, cuando cada una de estas chispas enciende una hoguera al caer, y todas las hogueras ensanchándose marchan delante las unas de las otras, acabando por juntarse y confundirse en un inmenso hogar: cuando una legua de terreno arde así y cuando cada árbol que arde matiza el color de la llama segun su esencia, la varía segun su forma; cuando las piedras calcinadas se desprenden y ruedan haciendo pedazos todo en su camino, cuando el fuego silba como el viento y cuando el viento brama como la tempestad, ¡oh! entonces eso es lo espléndido, eso es lo maravilloso! Neron era hombre que lo entendia, en materia de placeres, cuando quemó á Roma.

Sacóme de mi éxtasis un coche que atravesaba la plaza escoltado por cuatro carabineros reales. Reconocí ser el de nuestros Ruggieros, que vendidos por los guias, denunciados por el maestro de postas habian sido alcanzados por los gendarmes de Carlos Alberto, antes de haber podido salir de las fronteras de Saboya. Querian llevarlos á la cárcel; pero todos nosotros respondimos de ellos: en fin,

con la fianza general y sus palabras de honor de no salir de la ciudad, quedaron en libertad de disfrutar del espectáculo que debían pagar.

El fuego duró tres días.

Al cuarto les trajeron una cuenta de TREINTA Y SIETE MIL QUINIENTOS y tantos francos.

Encontraron un poco cara la cuenta por algunas malas fanegas de bosque, que no podía explotarse por su situación; en consecuencia escribieron á nuestro embajador en Turin, para que tratase si era posible de lograr alguna rebaja. Este se portó tan bien que á los ocho días se redujo la cuenta á seiscientos ochenta francos.

Mediante el pago de esta suma quedaban ya en libertad para salir de Aix. No se lo hicieron decir dos veces; pagaron, se hicieron dar sus recibos, y partieron inmediatamente por miedo de que al otro día no saliesen con que se había olvidado algun pico.

No he querido nombrar á los dos culpados que gozan en París de gran crédito y consideracion, y no trato de perjudicarlos.

Los ocho días que trascurrieron despues de su partida, no ofrecieron mas que dos novedades. La primera fué un concierto execrable que nos dieron, una que se llamaba primer contralto de la Opera Cómica, y uno que se anunciaba por primer barítono de la ex-guardia real. La segunda fué la mudanza del alemán, que tomó un cuarto junto al mio: vivia antes en la casa de Roissard, situada precisamente enfrente del agujero de las Serpientes, y una mañana se había encontrado una culebra dentro de una de sus botas.

Como se cansa uno de las giras borricales, aunque no se caiga mas que dos ó tres veces; como el

juego es una cosa muy poco divertida, cuando no se comprende ni el placer de ganar, ni el pesar de perder; como yo había visitado ya todo lo curioso y notable de Aix y sus inmediaciones; y como finalmente la señora primer contralto y el señor primer barítono nos amenazaban con un segundo concierto, resolví distraer tan estúpida existencia yendo á visitar la gran Cartuja, que no está situada creo mas que á diez ó doce leguas de Aix. Contaba volver desde allí á Ginebra desde donde queria continuar mis excursiones, por los Alpes, comenzando por el Obérland. En consecuencia de esto, hice mis preparativos de marcha, alquilé un carruaje mediante el precio de costumbre, diez francos al día, y el 10 de setiembre por la mañana, fuí á despedirme de mi vecino el alemán; me ofreció para fumar un cigarro y beber un vaso de cerveza, cumplido que creo no había hecho á nadie hasta entonces.

Mientras sentado uno enfrente de otro trincábamos juntos, con los codos apoyados en la mesita, echándonos recíprocamente á la cara bocanadas de humo, vinieron á anunciarme de que el carruaje me estaba aguardando. Levantóse y me acompañó hasta el umbral de la puerta. Llegado allí me preguntó:

— ¿A dónde ir vos?

Se lo dije.

— ¡Ah! ¡ah! continuó: vos ir ver los cartujos. ¡oh! ser muy divertidos.

— ¿Porqué?

— Sí, sí, comen en tinteros y duermen en armarios.

— ¿Qué diablos quiere decir eso?

— Vos ver la cosa.

Estrechó mi mano, me deseó un *bon viage*, me cerró su puerta, de consiguiente nada pude sacar mas de él.

Fuí á tomar una jicara de chocolate; á despedirme de Jacotot. Aunque yo no hacia gran gasto, Jacotot me miraba con respeto, porque le habian dicho que yo era autor. Cuando supo que me marchaba, me preguntó si no escribiria algo sobre los baños de Aix. Respondile que no era muy probable, pero si posible. Entonces me pidió que en este caso no me olvidase de hablar del café cuyo primer mozo era él, lo que no dejaria de traer provecho á su amo; no solamente me comprometí á ello, sino que le prometí hacerle á él personalmente tan célebre como me fuese posible. El pobre mozo se puso enteramente pálido al saber que quizá algun día se leeria su nombre impreso en un libro.

La sociedad que yo dejaba al alejarme de Aix, era una singular miscelánea de todas las posiciones sociales y de todas las opiniones políticas. Sin embargo, la aristocracia de nacimiento, traqueteada por do quiera, rechazada palmo á palmo por la aristocracia de dinero, que la sucede como en un campo segado brota una segunda miés, se hallaba allí en mayoría. Es decir que el partido carlista era el mas fuerte.

Inmediatamente despues seguia el partido de la propiedad, representado por ricos comerciantes de Paris, negociantes de Lyon y fabricantes de fundicion del Delfinado; todas estas buenas gentes se creian muy desgraciados porque el *Constitucional* no llega á Saboya (1).

(1) Los únicos periódicos que allí se reciben son la *Gaceta* y la *Cotidiana*.

Habia tambien algunos representantes en aquella dieta enfermiza del partido bonapartista. Al momento se les conocia por el descontento que forma el fondo de su carácter, y por estas palabras sacramentales que sin venir á cuento sacaban en todas las conversaciones: — ¡Ah! ¡si Napoleon no hubiese sido vendido! — Gentes honradas que no ven mas allá de la punta de su espada, que sueñan para José ó para Luciano un nuevo regreso de la isla de Elba y que no saben que Napoleon fué uno de esos hombres que dejan familia y no heredero (1).

El partido republicano era evidentemente el mas débil; si mal no me acuerdo, componiase de mí tan solo. Y aun como yo no aceptaba ni todos los principios revolucionarios de *La Tribuna*, ni todas las teorías americanas de *El Nacional*, y como decia que Voltaire habia hecho malas tragedias y me quitaba el sombrero al pasar por delante de un crucifijo, me tomaban por un mero utopista, y nada mas.

Entre las mujeres era mas sensible la línea de demarcacion. El arrabal de San German y el de San Honorato eran los únicos que caminaban juntos, pues la aristocracia de nacimiento y la de gloria son hermanas; la aristocracia del dinero no es mas que una bastarda. En cuanto á los hombres, el juego los reunia á todos; en torno de un tapete verde no hay castas, y el que apunta mas alto es el mas noble. Rothschild ha sucedido á los Montmorency, y si mañana abjura, pasado mañana nadie le disputará el título de primer baron cristiano.

(1) No ha sido buen profeta Dumas. A los pocos años de escribir sus Impresiones, la Francia por el voto universal ha restablecido el trono imperial, y colocado en él á Luis Napoleon III.

Caminaba yo hácia Chambery haciendo en mi interior todas estas distinciones, y como aun llevaba mi sombrero gris, no me atreví á detenerme; solamente noté, al pasar, que un fondista que habia tomado por exergo de su muestra, estas palabras: «A las armas de Francia» habia conservado las tres flores de lis de la rama primogénita, que la mano del pueblo ha borrado tan brutalmente en el escudo de la rama segunda.

A tres leguas de Chambery pasamos por debajo de una bóveda que atraviesa una montaña, podrá tener como unos ciento cincuenta pasos de longitud. Comenzado este camino por Napoleon, ha sido concluido por el gobierno actual de Saboya.

A poco de haberle pasado se encuentra la aldea de las Escalas; despues á un cuarto de legua de allí una pequeña poblacion, mitad francesa, mitad saboyana. Un arroyo traza las fronteras de los dos reinos: un puente sobre el rio está custodiado en un extremo por un centinela sardo y en el otro por uno francés.

Ni el uno ni el otro tienen derecho para pisar el territorio de su vecino, así que cada uno se pasea gravemente hasta la mitad del puente; llegados á la línea de losas que forman la curva del arco, se vuelven reciprocamente la espalda y empiezan otra vez esta maniobra todo el tiempo que están de facción. Por lo demás, volví á ver con placer el pantalon rojo y la escarapela tricolor que anunciaban un compatriota.

Llegamos á San Lorenzo, en donde se deja el carruaje y se toman caballerías para ir á la Cartuja, que aun dista cuatro leguas del país. No encontramos ni un solo mulo, pues estaban yo no sé en qué

feria. Esto nos importaba bastante poco á Lamark y á mí que somos bastante buenos andarines: pero no era cosa indiferente para una señora que nos acompañaba; sin embargo tomó su partido. Hicimos venir un guía que cargase con nuestros tres paquetes que reunió en uno solo. Eran las siete y media y no teníamos mas que dos horas y media de día, y cuatro de marcha.

El valle del Delfinado, en donde se sumerge la Cartuja, es digno de ser comparado á las mas sombrías gargantas de la Suiza; la misma riqueza natural, la misma lozanía de vegetacion, el mismo grandioso aspecto; solo el camino tan escabroso lo mismo que aquellos por los lados de las montañas, es mas practicable que los Alpes y conserva siempre cerca de cuatro piés de anchura. No es por tanto peligroso de día, y todo salió á las mil maravillas, mientras no sobrevino la noche. Esta se adelantó, apresurada por una terrible tempestad. Preguntamos á nuestro guía dónde podríamos guarecernos: no habia una sola casa en el camino, fué preciso continuar nuestro viaje; aun nos hallábamos en la mitad del camino de la Cartuja.

El resto de la subida fué horrible. La lluvia comenzó muy pronto, y con ella la mas profunda oscuridad. Nuestra compañera se agarró al brazo del guía. Lamark tomó el mio, y marchamos de dos en dos, pues el camino no era bastante ancho para dejarnos ir de frente; á la derecha teníamos un precipicio cuya profundidad no conocíamos, y en su fondo oíamos bramar un torrente. La noche estaba tan oscura que no veíamos el suelo en que poníamos el pié, ni divisábamos el vestido blanco de la dama que servia de guía, sino al resplandor de los relám-

pagos, que felizmente eran bastante repetidos para que hubiese tanta luz como tinieblas. Agregad á esto un acompañamiento de truenos cuyos estampidos multiplicaba el eco. Diríase que aquello era el prólogo del juicio final.

El tañido que oímos de la campana del convento, nos anunció al fin que ya nos acercábamos á él. Media hora despues, un relámpago nos dejó vertido á veinte pasos de nosotros el gigantesco cuerpo de la antigua Cartuja. En su interior no se oía el menor ruido mas que el tañido de la campana; ni una luz brillaba en sus cincuenta ventanas; hubiérase dicho que era un antiguo claustro abandonado, en donde jugaban malignos espíritus.

Llamamos: vino un hermano á abrirnos. Ibamos á entrar, cuando vió á la señora que estaba con nosotros; volvió á cerrar inmediatamente, cual si el mismo Satanás en persona hubiese venido á visitar el convento. Está prohibido á los cartujos el recibir ninguna mujer; una sola se ha introducido en traje de hombre, y cuando despues de su marcha supieron habia sido infringida su regla, hicieron todas las ceremonias del exorcismo en las habitaciones y celdas en que habia puesto los piés. Solo el permiso del papa puede abrir las puertas al enemigo femenino del género humano. La misma duquesa de Berry tuvo que recurrir á este medio en 1829, para visitar la Cartuja.

Muy embarazados nos hallábamos cuando se volvió á abrir la puerta. Salió un hermano lego con una linterna, y nos llevó á un pabellon situado á cincuenta pasos del claustro. Allí es donde se aloja á toda viajera, que como la nuestra viene á llamar

á la puerta de la Cartuja, ignorando las severas reglas de los discípulos de san Bruno.

El pobre monje que nos sirvió de guia y que se llamaba el hermano Juan María, me pareció la criatura mas dulce y obsequiosa que he visto en mi vida. Su cargo era el de recibir á los viajeros, servirles, y enseñarles el convento. Comenzó por ofrecernos unas cucharadas de un licor hecho por los monjes, y destinado á hacer entrar en calor á los viajeros entumecidos por el frio ó la lluvia; en este caso nos hallábamos nosotros, y jamás se habia presentado ocasion mas á propósito de hacer uso del santo elixir. En efecto, apenas habíamos bebido algunas gotas nos pareció que habíamos tragado fuego, y nos pusimos á correr por el cuarto como unos endemoniados pidiendo agua: si el hermano Juan María hubiese tenido la idea de acercarnos en aquel momento una luz á la boca, creo que hubiésemos escupido llamas como Caco.

Entretanto se encendia el inmenso hogar y la mesa se cubria de leche, pan y manteca; los cartujos no solamente comen siempre de vigilia, sino que obligan á hacer lo mismo á los que los visitan.

En el momento en que acabábamos este refrigerio mas que frugal, tocó á maitines la campana del convento. Pregunté al hermano Juan María si me seria permitido asistir á ellos. Respondióme que el pan y la palabra de Dios pertenecian á todos los cristianos. Entré, pues, en el convento.

Soy yo tal vez uno de los hombres sobre quienes mas influye la vista de los objetos exteriores, y entre estos objetos los que mas me impresionan son, creo, los monumentos religiosos. La gran Cartuja, sobre todo, tiene un carácter sombrío que no se

encuentra en ninguna parte. Además, sus habitantes forman la única orden monástica que han dejado viva en Francia las revoluciones; es todo lo que queda en pie de las creencias de nuestros padres, es la última fortaleza que ha conservado la religion, en la tierra de la incredulidad. Aun así cada dia la indiferencia la mina por dentro como el tiempo por fuera. De cuatrocientos que eran los cartujos en el siglo xv, no son mas que veinte y siete en el xix, y como hace seis años no han reclutado ningun hermano, los dos novicios que desde aquella época han entrado, no han podido soportar el rigor del noviciado; es probable que la orden se irá destruyendo á medida que la muerte llame á la puerta de las celdas, que cuando estén vacías nadie vendrá á ocupar, y que el mas jóven de aquellos hombres sobreviviendo á todos, y conociendo que tambien va á morir á su vez, cerrará la puerta del claustro por dentro, é irá á tenderse él mismo aun vivo en la sepultura que sus manos hayan cavado, porque al dia siguiente no quedarán brazos para llevarle á ella muerto.

Ha debido verse ya por lo que he escrito anteriormente, que yo no soy uno de esos viajeros que se entusiasman friamente, que admiran donde su guia les dice que admiren, ó que fingén haber sentido ante hombres ó localidades recomendadas anteriormente á su admiracion, sensaciones que están muy lejos de su alma. No, yo me he despojado de mis sensaciones, las he dejado desnudas para presentarlas á mis lectores; lo que he experimentado lo he contado débilmente tal vez, pero no he contado mas que lo que he sentido. Pues bien, ¿se me creerá, quizá, si digo ahora que jamás he

sentido en mi corazon una sensacion igual á la que se apoderó de mí cuando vi al extremo de un inmenso corredor gótico de ochocientos piés de largo, abrirse la puerta de una celdilla, salir de ella y aparecer, bajo las bóvedas ennegrecidas por el tiempo, á un cartujo de blanca barba, vestido con aquel hábito llevado por san Bruno, y sobre el cual han pasado ocho siglos sin cambiar ni un solo pliegue? Adelantóse el santo varon, grave, reposado en medio del círculo vacilante de luz proyectado por el farol que llevaba en la mano, en tanto que delante y detrás de él, todo estaba sombrío y oscuro. Cuando se dirigió hácia mí, sentí que me flaqueaban las piernas y caí de rodillas; vióme en esta postura, se aproximó con aire de bondad, y levantando su mano sobre mi cabeza inclinada me dijo: «Yo os bendigo, hijo mio, si creéis, y tambien os bendigo si no creéis.»

Ríanse cuanto se quiera de lo que voy á decir, pero en aquel momento no hubiera dado aquella bendicion por un trono.

Cuando hubo pasado, me levanté: iba á la iglesia y le seguí: allí me esperaba un nuevo espectáculo.

Toda la pobre comunidad, que ya no se componia mas que de diez y seis padres y once legos, se hallaba reunida en una pequeña iglesia, alumbrada por una lámpara, envuelta en un velo negro. Un cartujo decia misa y todos los demás la oían; no sentados, no de rodillas sino prosternados, con las manos y con la frente pegada sobre el mármol; las capuchas caidas dejaban ver sus desnudos y afeitados cráneos. Habia jóvenes y ancianos. Cada uno de ellos habia venido allí impulsado por diversos sentimientos; los unos por la fe, los otros por la

desgracia ; estos por las pasiones, aquellos tal vez por el crimen. Los había cuyas arterias de las sienas palpaban cual si discurriese fuego por sus venas ; estos lloraban : había otros que apenas sentían la circulación de su helada sangre ; estos oraban. ¡Oh ! estoy seguro que hubiera sido una hermosa historia para escribirse la historia de todos aquellos hombres.

Quando se acabaron los maitines, pedí recorrer el convento de noche ; temía que la luz me trajese otras ideas y yo quería verlo en la disposición de espíritu en que me encontraba. El hermano Juan María tomó una lámpara, me dió á mí otra, y empezamos nuestra visita por los claustros. He dicho ya que estos claustros son inmensos, tienen la misma longitud que la iglesia de San Pedro de Roma, encierran cuatrocientas celdas que estuvieron todas habitadas á la vez en otro tiempo y de las que hay ahora vacías trescientas setenta y tres. Cada monje ha grabado sobre su puerta su pensamiento favorito, ya suyo, ya sacado de algun autor sagrado.

Ved aquí los que me parecieron mas notables :

AMOR, QUI SEMPER ARDES ET NUNQUAM EXTINGUERIS.
ACCENDE ME TOTUM IGNE TUO.

—
EN LA SOLEDAD DIOS HABLA AL CORAZON DEL HOMBRE,
Y EN EL SILENCIO EL HOMBRE HABLA AL CORAZON DE
DIOS.

—
FUGE, LATE, TACE
—

GUÁRDATE DE FIARTE EN TU DÉBIL RAZON.
DIOS TE HA HECHO PARA AMARLE, NO PARA COMPREN-
DERLE.

—
SUENA UNA HORA..... ¡YA PASÓ!

Entramos en una de las celdas vacías, el monje que la habitaba había muerto hacia cinco días. Todas son iguales, todas tienen dos escaleras, una para subir á un piso y otra para bajar de él á otro. El piso superior se compone de un pequeño desván, y el intermedio de un cuarto de chimenea junto al que hay un gabinete de trabajo. Todavía había abierto un libro en el mismo sitio en que el moribundo había echado los ojos por la última vez ; eran las *Confesiones de san Agustín*. El cuarto de dormir está contiguo á esta primera habitación ; su mueblaje se compone de un reclinatorio y una cama con un jergon y sábanas de lana. La cama tiene puertas que se doblan, que pueden cerrarse sobre el que duerme, y esto me hizo comprender cuál era el pensamiento del alemán al decirme que los cartujos dormían en un armario.

El piso inferior no contiene mas que un taller con instrumentos de tornero ó de carpintería, cada cartujo puede dedicar dos horas al día á cualquier trabajo manual, y una hora al cultivo del huertecito contiguo á su taller ; esta es la única distracción que se les permite.

Al subir visitamos la sala del capítulo general y vimos allí todos los retratos de los generales de la orden de San Bruno, su fundador (1), muerto en

(1) La fundación de la orden se remonta á 1084.

1101, hasta el de Inocencio el Albañil, muerto en 1707; desde este último hasta el padre Juan Bautista Mortes, general actual de la orden, se halla interrumpida la serie de los retratos. El año 92, en el momento de la devastacion de los conventos, abandonaron los cartujos la Francia, llevándose consigo cada uno un retrato. Despues volvieron otra vez á su casa y trajeron cada uno el suyo, y los que murieron en la emigracion habian tomado sus precauciones para que no se extraviase el depósito de que se habian encargado; en el dia no falta ninguno en la coleccion.

De allí pasamos al refectorio, hay dos: el primero es el de los legos, y el segundo el de los sacerdotes. Beben en vasos de barro y comen en platos de madera. Estos vasos tienen dos asas para poder levantarlos á dos manos como hacian los primeros cristianos; y los platos tienen la forma de una escribanía, sirviendo el recipiente de en medio para la salsa, y poniendo en derredor las legumbres ó pescado, único alimento que les es permitido. Al ver la forma del plato me acordé otra vez del alemán cuando me dijo que los cartujos comian en un tintero.

El hermano Juan María me preguntó si quería ver el cementerio, aunque era de noche. Lo que miraba como un obstáculo, era para mí un motivo mas para decidirme á aquella visita. Acepté, pues; mas en el momento que abria la puerta por donde se entraba, me detuvo, cogiéndome el brazo con una mano, y mostrándome con la otra á un cartujo que cavaba su sepultura. A su vista permanecí un instante inmóvil, despues pregunté á mi guía si podria hablar á aquel hombre. Respondióme que

nada se oponia á ello, le supliqué que se retirara si eso era permitido. Lejos de parecerle indiscreta mi peticion pareció causarle gran gusto. Estaba cayéndose de cansado. Quedéme, pues, solo.

No sabia cómo llegarme á mi enterrador. Dí algunos pasos hácia él; reparando en mí volvióse hácia mi lado, apoyóse sobre su azadon y aguardó á que le dirigiese la palabra. Redoblóse mi embarazo: sin embargo un silencio mas largo hubiera sido ridículo.

— Padre mio, le dije, muy tarde os ocupais en tan triste tarea; paréceme que despues de las mortificaciones y fatigas del dia debiérais sentir la necesidad de consagrar al descanso las pocas horas que os deja la oracion, tanto mas, padre, añadi sonriéndome, al ver que era jóven, que este trabajo que haceis me parece que no es urgente.

— Aquí, hijo mio, me dijo el monje con un acento paternal y triste, no son los mas viejos los que mueren primero, ni se camina en orden de edad al sepulcro; además, cuando la mia esté concluida quizás permitirá Dios que baje á ella.

— Perdonad, padre mio, repliqué; aunque tengo el corazon religioso conozco poco las reglas y prácticas santas; y así puedo engañarme en lo que voy á deciros; pero me parece que la abnegacion que vuestra orden hace de las cosas del mundo no debe llevarse hasta el deseo de abandonarle.

— El hombre es dueño de sus acciones, respond el cartujo, pero no de sus deseos.

— Muy sombrío es vuestro deseo, ¡ padre mio !

— Segun mi corazon.

— ¡ Habreis padecido mucho !

— Padezco siempre.

— Creía que en esta morada solo habitaba el sosiego.

— El remordimiento entra en todas partes.

Miré mas fijamente á aquel hombre y reconocí en él al que habia visto en la iglesia postrado y sollozando: él tambien me reconoció.

— ¿Estábais esta noche en los maitines? me dijo.

— Al lado vuestro, si no me engaño.

— ¿Me habeis oído gemir?

— Y os he visto llorar.

— ¿Y qué habeis pensado de mi entonces?

— Que Dios habia tenido compasion de vos pues os concedia lágrimas.

— Sí, sí, desde que me las ha devuelto espero tambien que se canse su venganza.

— ¿No habeis tratado de mitigar vuestros pesares confiándoselos á alguno de vuestros hermanos?

— Aquí lleva cada cual la carga proporcionada á sus fuerzas; la que otro le añadiese le haria sucumbir.

— Sin embargo eso os hubiera aliviado.

— Lo creo como vos.

— Siempre es algo, continué, un corazón que nos compadece y una mano que estrecha la nuestra!

Cogí su mano y se le apreté; desprendióse de la mia, y cruzando sus brazos sobre el pecho, me miró fijamente, como para leer por mis ojos en lo mas profundo de mi corazón.

— ¿Es interés ó indiscrecion?... me dijo, ¿sois bueno, ó simplemente curioso?...

Oprimióseme el corazón...

— ¡Vuestra mano por última vez, padre mio... y adios!

Me alejé de allí.

— Escuchad, replicó.

Me paré. Llegóse á mí.

— No se dirá que se me ha ofrecido un medio de consuelo y que le he rechazado; que Dios os ha traído junto á mí, y que yo os he alejado. Habeis hecho por un miserable lo que nadie ha hecho seis años há; le habeis estrechado la mano. ¡Gracias!... Le habeis dicho que el contar sus pesares seria aliviarlos, y por estas palabras os habeis comprometido á escucharlos. Ahora no vayais á interrumpirme á la mitad de mi relacion y á decirme: ¡Basta!... Escuchadla hasta el fin, porque todo lo que hace tanto tiempo tengo en el corazón, tiene necesidad de salir de él.

Se lo prometí. Nos sentamos sobre el roto sepulcro de uno de los generales de la órden; apoyó un instante su cabeza entre sus dos manos; este movimiento hizo caer su capucha, de modo que cuando levantó la cabeza pude verle á todo mi placer. Vi entonces que era un jóven de barba y ojos negros, á quien la vida ascética habia vuelto pálido y flaco, quitando algo á su hermosura, pero añadiendo expresion á su fisonomía. Era la cabeza de Glaour, tal como me la habia figurado por los versos de Byron.

— Inútil es, me dijo, que sepais el país donde he nacido, y el lugar en que habitaba. Hace siete años que han pasado los sucesos que voy á contar; yo tenia entonces veinte y cuatro años.

Yo era rico y de una familia distinguida; fui arrojado al mundo al salir del colegio; entré en él

con un carácter resuelto, una cabeza ardiente, un corazón lleno de pasiones, y con la convicción de que nada podía resistir mucho tiempo á un hombre que tenia perseverancia y oro. Mis primeras aventuras no hicieron mas que confirmarme en mi opinion.

A principios de la primavera de 1825 se hallaba de venta una casa de campo contigua á la de mi madre; fué comprada por el general M..... Habia conocido al general en el gran mundo cuando aun era soltero. Era un hombre grave y severo, á quien la vista de los campos de batalla habia habituado á contar á los hombres como unidades y á las mujeres como ceros. Creí que se habria casado con la viuda de algun mariscal con quien pudiera hablar de las batallas de Marengo y Austerlitz, y esperé muy poca distraccion de semejante vecindad. Vino á hacernos su visita de instalacion, y á presentar á mi madre su esposa, que era una de las criaturas mas divinas que formó el cielo.

Caballero, conoceis el mundo, su extraña moral, sus principios de honor, que consisten en respetar la fortuna del vecino, que no le sirve mas que de placer, y que permiten robarle su esposa que hace su felicidad. Desde el momento en que ví á Mad. de M... olvidé el carácter de su marido, sus cincuenta años, la gloria de que se habia cubierto, cuando nosotros estábamos aun en la cuna; las veinte heridas que habia recibido mientras nosotros mamábamos todavia; olvidé la desesperacion de sus últimos dias y el ridículo que iba á echar sobre los restos de una vida tan hermosa; todo lo olvidé para no pensar mas que en una cosa: en poseer á Carolina.

Las haciendas de mi madre y la del general estaban, como he dicho, casi contiguas; esta posicion era un pretexto para nuestras frecuentes visitas. El general me habia tomado cariño, y yo, ingrato, no veía en la amistad de aquel anciano, sino el medio de robarle el corazón de su mujer.

Carolina estaba en cinta, y el general se mostraba mas orgulloso de su futuro heredero, que de todas las batallas que habia ganado. Con este motivo su amor hácia su consorte tenia algo además de paternal y mejor. En cuanto á Carolina, se portaba con su marido exactamente como debe portarse una esposa para que sin hacerle feliz, no tenga que reconvenirle en nada. Yo habia advertido esta disposicion de sentimientos con el golpe de vista seguro de un hombre interesado en acechar la menor circunstancia, y estaba bien convencido de que madama M..... no amaba á su marido. Sin embargo, cosa que me pareció muy extraña, recibia mis atenciones con política, pero con frialdad. No buscaba mi presencia; prueba de que no le causaba ningun placer; no la huía tampoco, prueba de que no la inspiraba ningun temor. Mis ojos constantemente clavados en ella, se encontraban con los suyos cuando la casualidad hacia que los levantase de su bordado ó de las teclas de su piano; pero parecia que mis miradas habian perdido el poder fascinador que antes de Carolina habian reconocido en ellos otras mujeres.

Pasóse así el verano. Mis deseos se habian convertido en un amor verdadero. La frialdad de Carolina era un desafío: lo acepté con toda la violencia de mi carácter: como me era imposible hablarla de amor á causa de la sonrisa de incredulidad con

que acogia mis primeras palabras, resolví escribirla. Envolví mi carta un día en su labor, y cuando al día siguiente la desdobló para trabajar, yo seguí sus movimientos con los ojos. A pesar de estar hablando con el general, ví que miraba el sobre sin sonrojarse y que guardaba el billete en su bolsillo sin conmoverse: únicamente se asomó una sonrisa imperceptible á sus labios.

En todo aquel día ví que tenia intencion de hablarme, pero me alejé de ella. Por la noche se puso á trabajar con otras señoras al rededor de una mesa. El general leia un periódico, y yo me senté en un oscuro rincon desde donde podia mirarla, sin que lo reparasen, buscóme con los ojos en el salon y me llamó.

— Caballero, me dijo, ¿tendriais la bondad de dibujarme dos letras góticas para una punta de mi pañuelo; una C y una M?

— Sí, señora, con el mayor placer.

— Pero, las necesito esta noche, ahora mismo. Venid. Separó de su lado á una de las señoras, y me enseñaba el asiento vacío. Cogí una silla y fui á sentarme. Ofrecióme ella misma una pluma.

— Me falta papel, señora.

— Aquí hay, me dijo y me presentó una carta cerrada en un sobre inglés. Yo creí que era una contestacion á la mia, y abrí con tanta frialdad como pude el sobre que me ocultaba la escritura, reconocí mi billete. Entretanto se habia ella levantado é iba á salir.

Yo la llamé.

— Señora, la dije alargando ostensiblemente la

mano hácia ella, sin duda me habeis dado sin reparar una carta con sobre á vos. Con el sobre tengo bastante para dibujar las letras.

Vió ella que su marido levantaba los ojos de su periódico; se dirigió precipitadamente á mi, me cogió el billete de entre las manos, y mirándole dijo con indiferencia:

— ¡Ah! sí, es una carta de mi madre.

El general volvió otra vez á fijar sus ojos en el *Courrier français*: yo me puse á dibujar la cifra pedida, Carolina salió del salon.

— Quizá os fastidian todos estos detalles, me dijo el cartujo interrumpiéndose, y os asombrarán oyéndolos de boca de un hombre que viste este traje y que abre un sepulero. Es que el corazon es la última cosa que se desprende de la tierra, y la memoria lo último que se desprende del corazon.

— Esos detalles son verdaderos, le dije, y por consiguiente interesantes. ¡Continuad!

— Al día siguiente á las seis de la mañana fui despertado por el general. Venia en traje y con todos los arneses de cazador, á proponerme una correria por los llanos.

Al pronto me turbó un poco su inesperada presencia; me tranquilizaron al momento su aire tan reposado, y su voz que habia conservado perfectamente el tono de la natural bondad que le caracterizaba. Acepté la proposicion y partimos.

La conversacion versó sobre cosas indiferentes, hasta el momento en que preparados á empezar la caza nos detuvimos á cargar las escopetas.

Mientras ejecutábamos esta operacion, me miró él fijamente. Esta mirada me intimidó

— ¿En qué pensais, general? le dije